



Reseñas críticas

A propósito de Enzo Traverso,
Revolución. Una historia intelectual,
Buenos Aires, Fondo de Cultura
Económica, 2022, 644 pp.

Como pequeñas y fugaces hendiduras que se abren en el curso de la historia, las revoluciones son procesos convulsivos que, pese a su duración sustancialmente efímera, trastocan casi para la eternidad el escenario social dentro del cual acontecen. A diferencia de las revueltas o disturbios, las revoluciones son acciones conscientemente orientadas por sujetos colectivos —la *sant culloterie*, el pueblo, las masas— hacia la transformación total del orden político y social. Como un disparo de fuego, su estallido deja una herida de muerte en el cuerpo político al que ataca. En algunos casos, su explosión induce la defunción del antiguo régimen y abre el camino para la emergencia de un nuevo mundo; en otros, la herida que produce no llega a ser mortal pero deja una cicatriz notoria, imposible de camuflar, que inevitablemente pasa a ser parte integral del rostro de una sociedad.

Las paradojas y vicisitudes que encierra el dilema de la revolución son innumerables como la cantidad de personas que se vieron interpeladas por sus emanaciones y consecuencias. Desde la Revolución Francesa, la cantidad de alusiones, debates y consideraciones que se generaron en torno al vocablo son cuasi infinitas. La posibilidad de analizar la amplitud de problemas que encierra ese rótulo deviene en una tarea que, si bien no es imposible, se vuelve monumental y compleja.

Con una impronta singular, esta labor titánica de estudiar las múltiples tensiones presentes en la revolución como idea y acontecimiento es un ejercicio realizado con peculiar proeza en la última investigación de Enzo Traverso. **Revolución. Una historia intelectual**, obra recientemente traducida a nuestra lengua por la editorial Fondo de Cultura

Económica, da cuenta una vez más del alto grado de destreza expositiva, erudición intelectual y singularidad metodológica que posee el historiador italiano. Publicado originalmente en inglés en 2021, el libro se preocupa por indagar, desde diversos enfoques, espacios y temporalidades, en las distintas constelaciones intelectuales generadas en torno a las experiencias revolucionarias producidas en el mundo entre el año 1789 hasta finales del siglo XX.

Con una orientación transversal e interseccional en cuanto a sus contenidos, Traverso estudia la producción y circulación de significados y sentidos en torno a la revolución en diversas fuentes y soportes documentales como la teoría escrita, los ensayos revolucionarios, las memorias biográficas, los recursos filmicos, la literatura ficcional, las pinturas y la industria gráfica, entre otros. Aunque su libro reconstruye una línea genealógica del término, este trabajo no desea ser una mera historia conceptual de la revolución, tal como produce, por ejemplo, Reinhart Koselleck en su **Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos**. Antes bien, se concibe, como indica su propio título, como una historia intelectual que se focaliza en los discursos y prácticas de los intelectuales cuyos itinerarios se vieron atravesados por los procesos revolucionarios.

Como aclara Traverso en su introducción, el método empleado en este ensayo histórico se inspira profundamente en la tradición intelectual de Karl Marx y Walter Benjamin. Bajo esa línea interpretativa, la revolución es distinguida como una interrupción repentina del *continuum* de la historia, un tiempo-ahora (*Jetztzeit*) activado por la praxis de los oprimidos para cambiar el curso temporal de lo pre-establecido. Con esa caracterización, el historiador italiano se desliga de la lectura mecanicista del marxismo clásico que, desde una óptica historicista, describe a

la revolución como el corolario de un determinismo económico o de una ley histórica. En su lugar, rescata una segunda concepción de Marx, focalizada en la capacidad transformadora de la agencia política humana y en el análisis del pasado como terreno de la conflictividad social y la lucha de clases.

A pesar de la importancia de Marx, el eje metodológico del libro se encuentra estrechamente vinculado a la producción historiográfica de Benjamin. De un modo similar a como hizo previamente en su libro **Melancolía de izquierda: marxismo, historia y memoria**, Traverso intercambia momentáneamente la elegante vestimenta del historiador profesional por los destruidos ropajes del trapero benjaminiano. Así, interpreta las revoluciones mediante un "ensamblaje de imágenes dialécticas", a partir de la combinación de dos procedimientos esenciales de la investigación histórica: la recopilación y el montaje. Eclécticamente, colecciona, unifica y ensambla pequeños componentes documentales del pasado que a priori, parecen inconexos entre sí, para proponer nuevas lecturas históricas a gran escala. De ese modo, puede aspirar a descubrir en el estudio del instante pretérito, la totalidad de la experiencia histórica.

Otras de sus grandes referencias es León Trotsky y, particularmente, su **Historia de la Revolución Rusa**. Para Traverso, Trotsky personifica una integral combinación entre un investigador serio y riguroso y un perceptivo protagonista y espectador de un acontecimiento revolucionario. Ese doble lugar ocupado por quien fue el máximo Comandante del Ejército Rojo fue capital para permitirle producir un estudio original y sensitivo de la transformación social en Rusia. En ese sentido, al igual que Trotsky, Traverso descarta el principio metodológico que supone que para comprender el pasado se debe ejecutar un procedimiento "anestésico" que suprima las emociones de los

actores históricos. Contrariamente, cree fundamental detener la mirada en los humores, los afectos y las pasiones de los individuos, sentimientos desplegados con una intensidad inaudita en las revoluciones, para lograr un relato histórico que abarque todas las tensiones que el proceso expresa.

Traverso, que nació en la pequeña localidad italiana de Gavi en 1957, no experimentó de primera mano un evento revolucionario. A sus ojos, el hecho de no haber vivenciado una revolución supone una gran dificultad al momento de describir a la misma desde una dimensión total y épica. No obstante, menciona unos pocos trabajos, como **A People's History of the French Revolution** de Éric Hazan y **Octubre. La historia de la Revolución rusa** de China Miéville, que lograron la hazaña de transmitir y sondear el estado de ánimo y la psicología de los actores revolucionarios sin experimentar el proceso en primera persona. Sin faltar a la razón ni exagerar, para cualquier lector atento del libro no es embarazoso afirmar que Traverso consigue ese objetivo con creces. Gracias a su pluma ágil, emocional y académica a la vez, el escritor logra presentar fidedignamente las voces y pensamientos de los protagonistas revolucionarios. Esta labor se realiza atendiendo a la diversidad política de los mismos, algo que le otorga frescura y originalidad a su producción. Aunque su afinidad ideológica con el marxismo en particular, y con las culturas de izquierdas en general, hará que su libro otorgue una especial atención a las palabras de los comunistas, socialistas y anarquistas, su trabajo da lugar también a las impresiones provenientes del campo del liberalismo, el conservadurismo y hasta el fascismo. Tal es así que en sus páginas figuran los posicionamientos o interpretaciones de sujetos tan diferentes como Carl Schmitt, Louis Auguste Blanqui, Joseph De Maistre, Vladimir Lenin, Alexis de Tocqueville, José Carlos Mariátegui, Manabendra Nath Roy, Filippo Tommaso Marinetti o Mijaíl Bakunin.

Entre los muchos atributos de **Revolución. Una historia intelectual**, cabe destacar que su análisis se produce a través del estudio de múltiples procesos

revolucionarios de distintas épocas y cartografías. Si bien su mirada se detiene tal vez con demasiado énfasis en el devenir socialista ruso de 1917, su observación del fenómeno revolucionario incorpora a su haber desarrollos ocasionados en todas las coordenadas geográficas con la finalidad de exhibir un panorama completo y abarcativo del mismo en la historia contemporánea. El mapa revolucionario que presenta es tan enorme como diverso y fragmentado: incluye tanto revoluciones socialistas, anticoloniales, liberales y antiburocráticas como revoluciones producidas “desde arriba” o “desde abajo”. Esta diversidad lo diferencia claramente de otros estudios clásicos sobre el tema, como la conocida obra **Sobre la revolución** de Hannah Arendt. Mientras esta última se centra exclusivamente en las experiencias revolucionarias de Estados Unidos, Francia y Rusia, el texto del historiador italiano recorre, sin pensarlas como una progresión histórica secuencial, el conjunto de revoluciones efectuadas en los últimos dos siglos y medio. Entre otros, Traverso indaga en su trabajo los escenarios revolucionarios producidos en Francia en 1789, Haití en 1804, Europa continental en 1848, París en 1871, México en 1910, Rusia en 1905 y 1917, Alemania y Hungría en 1919, Barcelona en 1936, China en 1949, Cuba en 1959, Vietnam en 1975 y Nicaragua en 1979.

Junto con la introducción y un acotado epílogo, el texto consta de seis extensos capítulos. Cada uno de ellos aborda una constelación en particular vinculada al problema de la revolución y contiene, en su interior, una infinidad de interesantes debates cuya descripción excede los objetivos de esta reseña.

El primer capítulo estudia la gran cantidad de metáforas o nexos que se han establecido entre los procesos revolucionarios y los ferrocarriles. Desde la alegoría marxista de la revolución como una locomotora que acelera el tiempo histórico, pasando por el tren blindado de Trotsky que materializa el proceso revolucionario en Rusia y finalizando con la visión de Benjamin de entender a la revolución como un intento de activar el “freno de emergencia” del tren para

evitar seguir los rumbos trazados por el “progreso” histórico, la imagen del ferrocarril, como representación simbólica de la Modernidad, evocó indistintamente a imaginarios tan variados de la revolución y la temporalidad histórica que oscilan entre el progreso y la catástrofe.

El segundo capítulo trabaja con la dimensión corporal de los sujetos revolucionarios. En este segmento, que se inicia visibilizando la violencia y las atrocidades corporales que se efectuaron en los “carnavales” revolucionarios, Traverso enumera algunas de las representaciones sacralizadas, vulgarizadas y/o animalizadas de los revolucionarios que se han formulado desde las distintas fuerzas políticas en el pasado. Sumado a ello, retrata detalladamente muchas de las aspiraciones de cambio que hubo en las revoluciones respecto al organismo biológico y los vínculos entre los cuerpos humanos. Para el caso de la realidad rusa, el historiador comenta varias fantasías como la búsqueda de la inmortalidad de Aleksándr Bogdánov y Anatoli Lunacharski, el deseo de expandir un “amor rojo” por parte de Aleksandra Kollontái y la fusión del hombre con la máquina propuesta por el poeta Alekséi Gástev.

El tercer capítulo está abocado al análisis de varios conceptos, símbolos y “reinos de la memoria” de la revolución. Puntualmente, Traverso trabaja con los principios de contrarrevolución, fascismo e iconoclasia. Sobre este último aspecto, destaca a la iconoclasia como un factor consustancial del proceso revolucionario. Según su criterio, fenómenos como la destrucción de la Bastilla en 1789, la profanación de iglesias en la Barcelona de la década de 1930 o la destrucción de la estatua de Stalin en Budapest durante el levantamiento de 1956 son el resultado de actos racionales y premeditados, cargados de un alto grado de teatralidad y emotividad, que simbolizan el vacío dejado por la actividad destructivo-creativa de la revolución. En el apartado final del capítulo, introduce la idea benjaminiana de *Denkbilder*, es decir, imágenes que trascienden las palabras y condensan en sí mismas ideas, experiencias y emocio-

nes, para definir y analizar en profundidad el mural **El hombre controlador del universo** (1934) de Diego Rivera.

Por su parte, el cuarto capítulo está dedicado a trazar una definición del intelectual revolucionario tal como existió entre 1848 y 1945. Con esta categoría, el autor refiere a un conjunto amplio de sujetos que, de forma consciente, actuaron en contra del orden social y político. El retrato bosquejado por Traverso busca sintetizar algunos de sus rasgos esenciales, rasgos que, empero, no siempre fueron coexistentes ni estuvieron carentes de conflictos. Así, el tipo ideal del intelectual revolucionario está marcado, según él, por una oscilación permanente entre la bohemia y el partidismo, un intenso compromiso ideológico, moral y político, un *ethos* anticapitalista, una condición fluctuante del desclasamiento bohemio, un comportamiento cosmopolita, un sentimentalismo utópico y una marginalidad autoimpuesta que rechaza cualquier tipo de reconocimiento institucional o académico. En el mundo colonial y poscolonial en particular, el intelectual revolucionario se vio atravesado por la articulación entre tres banderas que convivieron con fuertes tensiones entre sí: el socialismo, el antiimperialismo y la liberación nacional. Para esos espacios, Traverso establece una tipología dividida entre cosmopolitas arraigados, revolucionarios telúricos e internacionalistas sin raíces.

Mientras el quinto capítulo está dedicado a reconstruir algunas consideraciones generales en torno a las ideas de libertad y liberación, entre las cuales se incluyen las concepciones de Rosa Luxemburgo, Paul Lafargue, Herbert Marcuse, Hannah Arendt, Michael Foucault y Frantz Fanon, el sexto y último capítulo se propone establecer una serie de parámetros para construir una historia del comunismo como tendencia política. En ese sentido, Traverso opta por diferenciarse de las dos interpretaciones hegemónicas sobre la Revolución Rusa y, por extensión, sobre la corriente comunista: la lectura apologista que la ve como la expresión de una transformación socialista global y la lectura detractora que la entiende como una manifestación inicial de los regíme-

nes totalitarios. Para el autor, ambas posturas, pese a ser radicalmente opuestas, coinciden en dotar al Partido Comunista como estructura organizativa una fuerza histórica demiúrgica.

Para Traverso, historizar el comunismo significa superar esa dicotomía interpretativa y entender al fenómeno como una totalidad dialéctica que contiene, hacia su interior, dimensiones profundamente opuestas entre sí. El comunismo fue, al mismo tiempo, una experiencia de democracia participativa total y una dictadura totalitaria, un acontecimiento que desencadenó un sorprendente imaginario utópico como una fría dominación burocrática o, también, un ideal que inspiró a distintos pueblos de todos los continentes a buscar su liberación como un sistema imperialista que forzó a otras naciones a seguir sus directrices. Como metodología para trascender esas contradicciones y dar cuenta de la polivalencia y ambigüedad del término "comunismo", Traverso propone estudiarlo a partir de cuatro formas amplias, interrelacionadas y no necesariamente opuestas entre sí, bajo las cuales este se expresó en la historia: el comunismo como revolución, el comunismo como régimen, el comunismo como anticolonialismo y el comunismo como una variante de la socialdemocracia.

Revolución. Una historia intelectual no sólo es una gran labor de análisis histórico. Su contenido alude directamente a la situación social coetánea y se encuentra dirigido a los actuales movimientos sociales de todo el mundo. Para las generaciones que nacieron entre los albores del siglo XX y los inicios del siglo XXI, la revolución es una experiencia extraña, ajena y alejada temporalmente. Desde una mirada indiferente, melancólica o temerosa, observan a la revolución como una antigua reliquia de tiempos de antaño que se extravió para siempre en el pasado. Su advenimiento no figura en el imaginario colectivo como un horizonte social viable. La caída de la Unión Soviética y del socialismo real y la hegemonía de la realidad neoliberal clausuró toda posibilidad de trazar nuevas utopías comunitarias. La efervescencia revoluciona-

ria, que tan marcada impronta tuvo en los siglos XIX y XX, carece en la actualidad de sentido. En ese contexto, el presente libro se concibe no como un simple ejercicio de erudición intelectual, sino, más bien, como un acto de compromiso militante. Su escritura expresa un intento de reactualizar y rememorar la rica tradición revolucionaria precedente para ofrecer a los nuevos movimientos anticapitalistas contemporáneos, despojados de memoria y acéfalos de raíces o genealogías, una base sobre la cual crear nuevos modelos organizativos, principios contestatarios e imaginarios utópicos.

Aunque su esencia igualitaria, antiautoritaria, anticolonial e indiferente a una concepción teológica de la historia la vincula profundamente con el anarquismo federalista de la Primera Internacional, estos colectivos en general niegan todo lazo con las tradiciones de izquierda del pasado. Desde la óptica de Traverso, la izquierda coetánea debe reinventarse y distanciarse de los patrones del pasado, pero sin olvidar y descartar por completo ese núcleo de experiencias emancipatorias. En un porvenir cargado de nuevas y álgidas batallas, la rememoración es una operación central que guiará e inspirará a estos movimientos a actuar dentro de un escenario impensado, para el cual la experiencia inmediata y vivida no encontrará respuesta, orientación o preparación alguna. Como destaca Traverso en la apoteosis de su libro, las revoluciones no pueden programarse ni preverse: siempre aparecen cuando menos se las espera. Olvidar ese detalle es dejarse desprovisto de toda arma o herramienta para edificar otro mundo posible.

Francisco Caamaño
CeDInCI/CONICET



A propósito de Ricardo Melgar Bao, **Revistas de vanguardia e izquierda militante. América Latina 1924-1934**, Buenos Aires, *Tren en Movimiento/CeDInCI*, 2023, 308 pp.

El último libro del apreciado historiador y antropólogo peruano Ricardo Melgar Bao (Lima, 21/2/1946 – Cuernavaca, 10/08/2020), publicado de forma póstuma, es un caleidoscópico análisis de cinco revistas “de vanguardia” que parecen cobrar vida ante su mirada. Producidas desde América Latina: **La Antorcha** (Quito), **Amauta** (Lima), **Atuei** (Cuba) e **Indoamérica** (México), y desde el exilio latinoamericano en España: **Bolívar** y **Octubre**, son revistas que dan cuenta de una generación transnacional emparentada con la Revolución Rusa y la Reforma Universitaria de Córdoba, una generación en la que se formaron los comunismos latinoamericanos y se configuraron diversas reacciones de carácter antiimperialista entre las que estuvo incluida la Alianza Popular Revolucionaria Americana. Melgar Bao promete atender aspectos ideológicos y culturales de estas revistas producidas entre 1924 y 1934, pero lo cierto es que logra desplegar una narración con un mayor abanico de variables. Él teje una amplia “malla” de redes intelectuales y políticas, y se detiene en muchas de las trayectorias de los colectivos editores.

El autor informa sobre la singularidad de cada revista y esculpe a partir de ellas problemáticas de una mayor dimensión. Pero más allá de los estudios de caso puestos en dimensión, muestra la potencialidad del objeto revista como recurso para estudiar el Siglo XX en general y las dinámicas transnacionales de una generación en particular. El libro defiende las revistas como configuradoras de la esfera pública, como corredores transnacionales de ideas, como formas vanguardistas y como huellas de procesos específicos de nuestras modernidades periféricas. Las muestra como “productos urbanos” “diseminados en varios países” y configuradores de un espacio público de “especial textura” transfronteriza (p. 193). Además, analiza el triángulo revistas, intelectuales y ciudades, estas últimas como “objeto de deseo” de los intelectuales.

El “juvenilismo”¹ que se expresa a través de **Antorcha** (1924-1925), le permite a Melgar Bao discutir lo que Hobsbawm nombró como “historiografía sectaria” por sostener que “el auténtico socialismo es marxista o marxista-leninista” (p. 33). **Antorcha**, en otro sentido, es entendida como ejemplo de una trayectoria distinta: situada en los orígenes del socialismo en Ecuador (el Partido Socialista Ecuatoriano recién emergerá en 1926), esta revista deja ver cómo estos pioneros debatían en torno al Estado real e ideal (socialista), las vías revolucionarias o reformistas, las relaciones de Lenin con la URSS, las demandas sociales del proletariado, del campesinado y de los indígenas, así como las autorepresentaciones de la nueva generación que fue la pequeña burguesía urbana universitaria. Pero es sólo al final de su trayecto que se perfila un sutil acercamiento al marxismo que no llega a concretarse por lo cual no puede inscribirse como tal.

Con la gran revista **Amauta** (1926-1930) estudiada por Melgar Bao en sus orígenes, se distinguen los proyectos de Mariategui y Haya de la Torre, se problematiza su accionar como líderes intelectuales y sus vínculos con la Internacional Comunista. Para Mariategui, este “primer gran emprendimiento de una política cultural de izquierda en la historia peruana y continental” (p. 71) que fue **Amauta** era una pieza de un engranaje cultural ambicioso que también incluía la editorial Minerva, la revista Libros, la Sociedad Editora Obrera Claridad, el Rincón Rojo (tertulias vespertina), entre otros. La intensa actividad polémica de Mariategui favoreció que para 1927 la revista hubiera “conquistado hegemonía y el mayor radio de acción en el circuito de las contadas revistas culturales nacionales” (p. 119) y tuviera un lugar en el circuito de revistas latinoamericanas (no

tanto en el europeo). En distinción con **El Libro o El Pueblo** (de Heliodoro Valle en Honduras) que se satisfacían con promover la cultura clásica universal y con otros proyectos que cerraban sus lecturas al espectro socialista, en **Amauta** confluían “las corrientes del pensamiento que horadaban las bases, lecturas y contenidos propios de la cultura oligárquica” (p. 87).

En contraste, para Haya de la Torre **Amauta** era el órgano de un movimiento con mayor especificidad política, el APRA. Movimiento que Melgar Bao ve de forma más multidireccional que el estricto visor peruano, siendo la revista cubana **Atuei** (1927) la que le permite percibir que “la gravitación política del aprismo en el Caribe antecedió a su conformación orgánica en el Perú” (p. 161). Pionero en el estudio de una revista que sólo vivió seis meses, Melgar Bao incluye a **Indoamérica** como parte del *corpus* de las revistas apristas sin inhibirse de estudiarla por su condición efímera. Ahonda en ella para ver trazos de la temprana modernidad mexicana y de las formas en las que esta condiciona la cultura letrada: la red eléctrica automática inaugurada en 1928 “hizo más amable la lectura y la escritura nocturnas a las que estaban acostumbrados los intelectuales, entre ellos los apristas” (p. 196). Breve pero intensa, esta revista pendula entre el campo artístico-literario y el político. Por un lado se resalta la fuerte carga iconográfica por la que la revista confronta la cultura moderna europea y es cercana al muralismo de Diego Rivera; de otro lado, la revista fue “caja de resonancia” de la coyuntura que interpela al general Álvaro Obregón, condenado por la revista a favor de Plutarco Elías Calles, a quien Haya de la Torre terminará acercándose.

Incómodo con la noción de “revistas culturales” por considerarla demasiado amplia como para ser explicativa, Melgar Bao toma partido por la noción de “revistas de vanguardia”. No oculta que esta noción se disputaba entre los propios protagonistas, por ejemplo los promotores de la revista **Bolívar** y, en especial, Pablo Abril Vivero (1894-1987), su

1 Melgar Bao parte de una “categoría nativa”, porque para los antorchistas, el juvenilismo era una “idea-fuerza” con carga moral porque se define como “deber ser” de una juventud llamada a liquidar la cultura y el poder oligárquico liberal que amenazaba el pueblo ecuatoriano. Pero avanzó con una conceptualización más precisa: “juvenilismo-radical-mesiánico”, el cual tiene explícitas “deudas con la tradición arielista” y hace uso de una retórica positivista e higienista.

editor, disientan de Mariátegui respecto de la noción de vanguardia a la que consideraba caduca y preferían marcar una identidad revolucionaria a su revista. Pero Melgar Bao explica de qué forma “Las nuevas generaciones de intelectuales y políticos de izquierda ensancharon el horizonte de sentido del término vanguardia más allá de sus referentes literarios y estéticos y del voluntarismo juvenilista a favor del cambio social, reordenamiento de la sociedad y del mundo” (p. 306).

¿Cómo filiar una revista? ¿Qué familias de revistas existen? ¿Cómo podemos insertar aquellas que estudiamos en un mapa común latinoamericano? Melgar Bao ensaya en su libro formas de filiación que van de la vanguardia a la red aprista latinoamericana, pasando por las redes del exilio latinoamericano, según vínculos agenciados por figuras intelectuales cuyas trayectorias ve necesario reconstruir. Encuentros, proveniencias, ubicaciones individuales de quienes hacen parte de colectivos editores, ayudan a comprender las tensiones al interior de un proyecto revisteril o el posicionamiento de una revista en su universo editorial. Por ejemplo, el paso de Haya de la Torre por la isla de Cuba en 1923 y su acercamiento a Julio Antonio Mella, así como las dinámicas del peruano Esteban Pavletich durante su exilio en México y Cuba, son momentos biográficos que aportan pistas para comprender “la concepción más sectorial que unitaria del caribe y la incidencia de esta visión en la formulación de la ideología del APRA acerca de las burguesías nativas, sus gobiernos y el imperialismo norteamericano”.

Más allá de los aportes que Melgar Bao hace con cada uno de los casos revisteriles estudiados que pone en el contexto de problemáticas más estructurales asociadas a la vanguardias latinoamericanas de los años veinte, a las experiencias modernizantes de las ciudades latinoamericanas o al movimiento aprista, el libro aporta porque explicita la forma misma de trabajar. Como un relojero que deja al descubierto la maquinaria de su reloj, Melgar Bao explicita una grilla de preguntas problemas con la cual mira los

países latinoamericanos. Es a través de su estrategia expositiva que va dando cuenta de la aparición del objeto, avanza en esculpir una piedra que ya contenía indicios, aunque sólo con el pulido investigativo aparecen sus formas: “La promesa juvenilista de conducción de un cambio social en el Ecuador se fue coloreando como socialista, aunque eran conscientes de que tenían que bregar contra ciertos prejuicios antisocialistas reinantes en los medios obreros” (p. 52).

Haciendo gala de la apuesta biográfica que caracterizó el enfoque investigativo de Melgar Bao, en este libro también están presentes las trayectorias biográficas de quienes promovieron las revistas. Seguir las pistas de Carlos Roe o César Falcón es un caso para reconstruir los antecedentes precisos de su revista. Pero en el libro no sólo se atienden figuras protagónicas (Mariátegui o Haya de la Torre) sino personajes menos conocidos de los que se nos presentan minibiografías. En línea con esa sensibilidad biográfica, es claro que Melgar Bao opera con una visión de la política como “experiencia” aunada a procesos culturales y habla de “politicidad sensible” para exceder el ámbito del poder. Una noción como estas le permite captar de forma no esquemática procesos complejos como la coexistencia de las alas reformistas y cominternistas entre los promotores de **Antorcha** y su vínculo con la Logia Militar que dio lugar a la Revolución Juliana,² desde al menos un mes antes del golpe. Tanto así que se habla de dos afluentes que hacen al “juvenilismo” ecuatoriano: los oficiales de reciente graduación y los estudiantes universitarios, ambos en oposición a la plutocracia asentada en Guayaquil y ambos del lado de la clase obrera huelguista.

Este estudio también acepta el desafío de sumar a la variable de clase y etnia, la variable de género. Melgar Bao no se contenta con decir que fueron pocas las mu-

jes y hacer esfuerzos por visibilizarlas, sino que avanza en mostrar la constante masculinización de la política por parte de opresores y compañeros de militancia, pues se les otorga sólo a los varones la “normalidad” en el ejercicio político. Ellas, en cambio, se consideraban “locas” por parte de los represores o débiles ante la confrontación que implica la política misma, dicen sus propios colegas.

El prólogo de Liliana Weinberg muestra el libro como un ejercicio militante del propio investigador hasta sus últimos minutos vitales. De un lado, es un libro articulado, con ejes que lo atraviesan, maduro en la comprensión de una época y una generación, la de los años veinte latinoamericanos, un libro con “palabras de cierre” en las que constantemente se recogen los sentidos principales y el autor expone su voz de forma concluyente. Junto con todo esto es un libro inacabado, o mejor dicho, abierto. El propio Melgar exhibe sus “faltantes”, sus “cabos sueltos”, sus análisis que son apenas insinuaciones. Tal vez ahí está la maestría de este investigador maduro: exhibir los trazos de su propio mapa y proponer caminos para que otros y otras recojan la posta y sigan avanzando.

Sandra Jaramillo Restrepo
CeDInCI

*A propósito de Marc Becker, Margaret M. Power, Tony Wood y Jacob A. Zumoff (eds.), **Transnational Communism across the Americas**, University of Illinois Press, Chicago, 2023, 290 pp.*

La historiografía del movimiento comunista en América Latina pasa por una ola de renovación. Por décadas se solía estudiar el fenómeno comunista a través de la historia nacional, o inversamente, solamente a partir del análisis de las organizaciones internacionales del movimiento comunista, sobre todo de la Internacional Comunista (IC). Los trabajos recientes de Brigitte Studer (2015,

2 La Revolución Juliana fue un movimiento cívico-militar del Ecuador que, mediante un golpe el 9 de julio de 1925 liderado por la Liga Militar, un grupo secreto de jóvenes oficiales del Ejército ecuatoriano, derrocó al presidente Gonzalo Córdova.

2023), dedicados al estudio de trayectorias individuales de militantes del Comintern, o de Marcelo Ridenti (2021) sobre la internacionalización y el financiamiento de los intelectuales comunistas durante la Guerra Fría, son prueba de esta evolución de este campo de estudios. Similarmente, la presente obra intenta romper con ambas tendencias (historiografía nacional — historia de la organización internacional), arrojando luz sobre las conexiones existentes entre comunistas latinoamericanos, con otros grupos políticos e instituciones en el mundo. Se trata de analizar los contactos y los vínculos transnacionales como procesos dinámicos observables en las realidades locales. Para esto resulta imprescindible mezclar consideraciones biográficas, situaciones nacionales y regionales en su articulación con las interpretaciones y las acciones políticas en el seno del movimiento comunista internacional.

La obra está organizada cronológicamente, la primera parte cubre el período de 1917 hasta la disolución de la IC (1943) y la segunda el período de la Guerra Fría, entre 1945 y 1989. Cada uno de los 10 capítulos trae el estudio de un objeto o de una cuestión donde militantes y organizaciones cruzan fronteras, se inspiran, negocian y actúan articulando realidades locales y espacios transnacionales. Así, temas poco abordados en la historiografía del comunismo, como la importancia de la actuación femenina o las ambigüedades tácticas de la IC frente a la movilización de poblaciones negras, son destacados en el libro. Más allá de los objetos singulares, la originalidad metodológica permite revelar la centralidad que tienen las redes militantes y de migrantes. De manera similar revela la importancia local que tiene el hecho de ser miembro de una organización internacional por la cual pasan subsidios, pero también legitimidad, palabras de orden, modelos de organización, redes de apoyo y de información.

Por ser colectiva, la obra trae una variedad de enfoques que permiten elaborar un panorama bastante rico sobre aspectos del comunismo que no raramente

son invisibilizados. Por cierto, también genera una impresión de caleidoscopio, en la cual cuestiones de interés no constan en el libro. La obra dedica poca atención a los espacios norteamericanos, por ejemplo, a las vinculaciones políticas y sindicales estadounidenses con las organizaciones comunistas internacionales, tanto antes de 1943 como durante la Guerra Fría. Igualmente, un estudio de la circulación de militantes, y sobre todo de textos y modelos, oriundos de la China (pensamos en los trabajos de Matthew Rothwell sobre el maoísmo en la América Latina) o de Albania en las Américas resultaría enriquecedor en la segunda parte del libro. Finalmente, no aparecen las redes transnacionales comunistas no ligadas a la Unión Soviética, cuando figuras como Nahuel Moreno, Mario Pedrosa o Hugo Blanco y sus redes de actuación son pruebas de la existencia de una intensa vida organizativa y teórica en el marxismo latinoamericano en una escala mundial.

No obstante, la amplitud de temas y objetos que propone la obra no deja de constituir un aporte renovador en la literatura sobre comunismo en las Américas. Como dijimos, al destacar las redes y las circulaciones de militantes, documentos e ideas, la obra pone de relieve la capacidad de atracción de la pautas anti-racistas, anti-imperialistas y nacionalistas defendidas por los partidos comunistas, así como las decepciones, los malentendidos y las rupturas. Los capítulos se desarrollan sin escamotear las contradicciones que aparecen inevitablemente entre las directivas internacionales y las dinámicas políticas locales (ver los capítulos sobre la cuestión nacional cubana y los trabajadores caribeños, la cuestión de la independencia de Puerto Rico en el PC estadounidense, etc.) sin hacer una presentación maniquea de las posiciones y de los actores. Más fundamentalmente, las varias escalas y temporalidades estudiadas revelan los movimientos, las dislocaciones de los posicionamientos de los partidos en función de determinaciones múltiples: el contexto internacional (cambio de línea de la IC entre la táctica de clase contra clase y la de frente única

o de lucha antifascista, por ejemplo), las realidades locales (como en el caso de las negociaciones tripartitas entre Sandino, el gobierno mexicano y el Partido comunista Mexicano) y las circulaciones entre ambos niveles (particularmente el ejemplo de los trabajadores caribeños migrantes en Cuba, Panamá o en los Estados Unidos, pero también el caso de la actuación de las mujeres de la Alianza Femenina Guatemalteca en sus contactos con organizaciones de mujeres internacionales de filiación comunista).

Lo que resulta más interesante aún es que los capítulos nunca caen en explicaciones reductoras basadas en determinaciones o relaciones causales simples. Al contrario, se subraya siempre la agencia de los diversos actores, procurando identificar razones, intereses y causalidades múltiples que concurren a decisiones y actitudes en contextos determinados. El capítulo dedicado a los latinoamericanos presentes en la URSS entre 1927 y 1936, como representantes de los partidos en reuniones internacionales, pero también como alumnos de escuelas de formación de dirigentes o viajantes, resulta muy significativo en este aspecto. Lejos de reproducir una lectura fundamentada en el adoctrinamiento o la aplicación mecánica de directivas políticas o análisis teóricas, el historiador Tony Wood demuestra la relativa latitud de los individuos, así como la ventajas que pueden extraer de la estadía en la URSS, notablemente en términos de prestigio en los partidos nacionales o en los círculos intelectuales. Inversamente, trayectorias de estudiantes de las escuelas soviéticas revelan que no se puede resumir la formación recibida a una absorción pasiva de conocimientos externos. Así, ni todos los estudiantes se encuentran en pleno acuerdo con las materias, y no pocos seguirán recorridos abiertamente críticos a la Unión Soviética.

Otros ejemplos de la agencia de los actores y de la complejidad de relaciones entre las autoridades soviéticas, los partidos o la IC y los militantes son descritos en la obra, siempre enfatizando la multiplicidad de las causalidades en juego.

Por fin, vale mencionar la gran variedad de fuentes primarias y secundarias movilizadas por los diez capítulos, desde fuentes de la IC hasta entrevistas, correspondencias, documentos policiales, documentos de los partidos o de militantes, etc. La utilización de un corpus ampliado permite explorar estos nuevos objetos a partir de una perspectiva más rica y compleja que en el pasado. El libro representa un aporte metodológico e historiográfico innegable a la historia del comunismo en América Latina.

Jean-Ganesh Faria Leblanc
Université Lumière Lyon 2/LCE/UPC

A propósito de Mariano Zarowsky, **Allende en la Argentina. Intelectuales, prensa y edición entre lo local y lo global (1970-1976)**, Buenos Aires, Tren en Movimiento, 2023, 200 pp.

Desde hace algunos años la historiografía latinoamericana ha enfrentado el desafío de sobrepasar los límites nacionales en sus búsquedas por complejizar las explicaciones sobre los procesos que han afectado al continente. El presente libro integra una parte destacada de estos esfuerzos, situándose en lo que se ha definido como un “acontecimiento global”, el gobierno de Salvador Allende y el golpe cívico-militar que significó el fin de su intento por llevar a Chile hacia el socialismo.

Hay dos palabras que podrían definir el trabajo realizado por Mariano Zarowsky: convergencias y controversias. Por un lado, su texto nos conduce por una serie de intersecciones de diferente orden, sociales, políticas, académicas, donde la figura del presidente chileno actúa como eje articulador. Y, por otra parte, el historiador argentino nos muestra cómo las representaciones (en plural) del proceso chileno se transformaron en una arena controversial que dinamizó los debates al interior no sólo de la izquierda argentina, sino de la mayoría de los intelectuales del país. En este sentido, la capacidad de producción y

circulación cultural de aquel momento en Argentina actuó como una caja de resonancia para los procesos chilenos.

De ese modo, en las páginas del libro se entrecruzan procesos locales, nacionales y globales, para dotar de contenido a los diferentes “usos” que tuvo el gobierno de Salvador Allende. La delimitación elegida por Zarowsky, concentrarse en determinados actores de la prensa y la edición en la Argentina de los años 70s, permite al lector percibir los matices sin entrar necesariamente en detalles intrincados. En este sentido, el corte analítico presenta lo que cualquier delimitación implica, cierta contención de los procesos que los hacen inteligibles, y al mismo tiempo, la posibilidad de que el recorte deje afuera partes más específicas del debate. Sin embargo, desde mi perspectiva el libro logra un equilibrio en esta problemática, entregándonos un análisis profundo, además, dotándonos de herramientas para observar actores que no fueron considerados en esta ocasión.

A través de sus siete capítulos, el autor nos conduce por algunos de los principales medios impresos del periodo. Comenzando con las revistas semanales de actualidad, hasta llegar a aquellas enfocadas en problemas culturales y políticos, como **Los libros, Comunicación y cultura o Pasado y presente** (que extrañamente no dedicó mayor reflexión al proceso chileno), pasando de manera detallada por el periódico **La opinión**. En este último caso, dos sendos capítulos cubren el periodo 1970 a 1976, marcado por la asunción de Héctor Cámpora en mayo de 1973. Mientras este asumía, sus partidarios gritaban “Allende y Perón, un solo corazón”. Pero casi de manera paralela el propio periódico, fundado por Jacobo Timerman, atravesaba por un conflicto laboral, que según Zarowsky puede también reflejarnos cómo las lecturas del proceso chileno impactaban incluso en las dinámicas cotidianas de la prensa argentina. La crisis fue entendida por Timerman como un paso de los trabajadores para presionar por la expropiación del diario, la estatización que se impulsaba al otro lado de la cordillera podía también influir en el gobierno que recién comenzaba.

Desde otro punto de vista, la presencia internacional de Allende y los “usos” que se dieron al proceso chileno, han sido parte del debate en las izquierdas desde que éste ganara la presidencia el 4 de septiembre de 1970. Por lo que ofrecer una mirada novedosa a este problema, representa un logro destacable. Sin caer en los lugares comunes, asociados regularmente a la querrela entre vía pacífica y armada al socialismo, Zarowsky logra posicionar los meandros del debate en una amplitud de temáticas vinculadas a la coyuntura argentina, chilena e internacional. Así, cobran relevancia las relaciones entre Allende y Lanusse, los sucesos de Trelew, la proliferación de revistas culturales, las propias prácticas periodísticas, el desarrollo de las ciencias sociales, entre otras variables. Todos estos elementos por supuesto se leen como parte de una historia compartida entre Chile y Argentina, algo que por lo general los historiadores a ambos lados de la cordillera suele evadir.

Si nos detenemos un poco en las prácticas periodísticas, el libro puede resultar paradigmático. Las mediaciones o modulaciones que los sujetos implicados desplegaron a través de sus textos son manejadas con minuciosidad por el autor. La estrecha vinculación entre participación política y el *nuevo* quehacer periodístico se transforma en uno de los puntos de acceso clave para analizar los usos de Allende. La relación entre literatura y periodismo, el quehacer de algunos de los principales periodistas locales, sus luchas por granjearse la primicia, los manejos de los diferentes formatos narrativos, son un trasfondo que le da continuidad al relato, pero también nos muestra las dificultades de la profesión en el contexto de la década de 1970. Por supuesto, en esta mirada, un espacio relevante lo ocupan las búsquedas por llevar la reflexión sobre las comunicaciones un poco más allá de las preocupaciones coyunturales. Esta labor, estrechamente vinculada a los procesos políticos, no sólo permeó la labor de los periodistas, sino que impulsó que el lenguaje, los libros y la cultura, se transformaran en un escenario controversial.



Esta cercanía entre ciencias sociales, intelectuales y proyectos políticos ha sido un tema que en los últimos años ha ganado espacio en la historiografía (ver por ejemplo el *dossier* sobre Brasil en la Guerra Fría que ofrece **Políticas de la Memoria** en su número 23). En este sentido, **Allende en la Argentina**, entrega algunas claves particulares. Para el autor, es relevante descentrar la mirada y considerar los procesos que se desarrollan en las periferias respecto a la creación y circulación de conocimientos específicos. De igual modo, propone detenerse en los medios materiales que potenciaron la convergencia entre diversos saberes. En este punto, el libro y las prácticas editoriales se transforman en los mecanismos específicos que permitieron, volviendo a la idea inicial de esta reseña, tanto a las convergencias como las disputas entre los diferentes actores. El boom del libro sobre Chile, que se dio en estos años, obedeció en buena medida a esta capacidad de movilizar los debates, representar diversas posturas y sobre todo transformarse en una herramienta vital para pensar el propio entorno, anudando en sus páginas perspectivas teóricas, propuestas culturales y proyectos políticos.

Ahora bien, uno de los campos abiertos por Zarowsky al referirse a la recepción de Allende en la Argentina se relaciona con las disputas que se dieron a nivel organizativo en el amplio abanico que adscribía o militaba en las izquierdas. Si bien, a lo largo de las páginas del libro queda claro que en cierta medida el proceso chileno puede ser considerado un asunto de política interior, queda aún pendiente un enfoque que combine el acercamiento a los intelectuales con una mirada a los actores políticos en un sentido más amplio. Esto podría incluir entidades partidistas, pero también el cúmulo de organizaciones e individuos que le dieron densidad a las relaciones entre ambos países. Los flujos intelectuales y culturales se nutrieron de las conexiones específicas que impulsó la diplomacia, de la presencia de emigrados o estudiantes chilenos en sus calles y universidades, de las crónicas de viajeros que circularon en ambas direcciones. Estas experiencias individuales y colectivas formaron parte, incluyendo la

estadía del fundador del comunismo chileno Luis Emilio Recabarren en Buenos Aires en 1916-1918, de itinerarios de larga duración compartidos por las izquierdas de ambos países que es necesario poner en primer plano. A contraflujo, la idea de bombardear La Moneda fue enunciada tempranamente por uno de los fundadores de la fuerza aérea chilena en su exilio en la capital argentina a principios de la década de 1930. Así, las historias de esos sujetos, de esos intercambios y de esas trashumancias, podrían complementar el objetivo final del libro, o sea, la exploración de las relaciones entre cultura y política.

Por supuesto, la línea de análisis propuesta por Zarowsky plantea un importante desafío a futuro: avanzar hacia un nivel más amplio de investigación que sea capaz de rastrear algunos procesos editoriales o intelectuales que funcionaban de manera subcontinental y que impactaron en la recepción de las propuestas allendistas. Por ejemplo, la participación de organismos como Siglo XXI o el Fondo de Cultura Económica, articulaban un quehacer en distintos países del continente, movilizandolos conocimientos y prácticas políticas. También encontramos instituciones educativas y académicas cuyo campo de acción podía fácilmente desarrollarse entre Chile, Perú, México, Cuba y la misma Argentina, como sucedía con la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso). El presente libro precisamente abre una fructífera veta en dicha dirección, aprovecharla, por supuesto, depende no sólo de los intereses personales de los historiadores, sino de las condiciones concretas y precariedades en las que se desarrolla nuestra disciplina.

Sebastián Rivera Mir
El Colegio Mexiquense

*A propósito de Sandra Jaramillo Restrepo, **Hombres de ideas: entre la revolución y la democracia. Los itinerarios cruzados de Estanislao Zuleta y Mario Arrubla, la generación de los años sesenta y la nueva izquierda intelectual en Colombia**, Bogotá, Ariel, 2023, 376 pp.*

Este libro de la investigadora colombiana Sandra Jaramillo Restrepo, sobre las experiencias de dos intelectuales de su país, durante la Guerra Fría, tiene la virtud de moverse paralelamente en tres niveles, el transnacional, el nacional y el regional, lo cual es muy raro en ese tipo de estudios, ya que buena parte de la investigación está concentrada en la ciudad de Medellín, en los años 60. En cierta medida, se trata de un estudio emblemático de la nueva historia intelectual de la Guerra Fría, y específicamente de la Nueva Izquierda, que se viene practicando en las últimas décadas en América Latina.

El libro arranca con un marcado interés en las sociabilidades intelectuales de Medellín y Bogotá en los años posteriores al Bogotazo y la ejecución de Jorge Eliécer Gaitán en 1948. Se exploran los espacios de difusión e irradiación de los discursos del campo intelectual, en esas dos ciudades, a partir de la década del 50. A la vez, el estudio abre un flanco de historia de la cultura impresa por medio de una lectura detenida de publicaciones como el periódico **Crisis**, la revista **Mito** u otras como **Estrategia, Ideología y Sociedad** y **Cuadernos Colombianos**, que forman parte del entorno de los personajes estudiados.

El trabajo hemerográfico y de estudio de la cultura impresa deben mucho a lo que Horacio Tarcus ha entendido como la reconstrucción de un campo revisteril específico en un contexto determinado de la Guerra Fría latinoamericana. Al mismo tiempo, el estudio se adentra en los debates teórico-prácticos de las izquierdas latinoamericanas, que se entrecruzaban con relecturas de las tradiciones marxistas y sus recepciones y reproducciones en América Latina.

También habría que destacar la dimensión prosopográfica o de reconstrucción

de biografías políticas dentro del campo intelectual colombiano, que se lee en **Hombres de ideas**. Esta última es una zona muy bien cuidada, tanto para las dos figuras centrales —el dueto o dupla que conformaron Mario Arrubla y Estanislao Zuleta—, como para otras figuras de la intelectualidad colombiana de aquellos años.

El título, centrado en ellos dos, no hace justicia a la reconstrucción del campo intelectual colombiano que alcanza el libro, tanto en Medellín como en Bogotá durante aquellas décadas. El ejercicio de biografía política recorre otros personajes fascinantes como Gonzalo Arango, escritor que murió muy joven, y que fundó el Movimiento Nadaísta, o el propio Jorge Gaitán Durán, director y fundador de la revista **Mito**, que también murió muy joven. Otros perfiles trazados en el libro serían los de María del Rosario Ortiz o Ramiro Montoya, hasta llegar a aquellos pensadores de la izquierda colombiana que trataron de hacer un ajuste de cuentas con la generación de **Estrategia**, como Salomón Kalmanovitz o Álvaro Delgado.

En lo que atañe estrictamente a la arqueología de la sociabilidad intelectual resultan muy llamativas las exploraciones de instituciones como el Liceo de la Universidad de Antioquia, los círculos de literatura y poesía, como el llamado “Porfirio Barba Jacob”, en honor al poeta modernista colombiano. Medellín aparece en el estudio como la provincia letrada de un país latinoamericano, rearticulando uno de los grandes temas de la historia cultural de las revoluciones europeas, que consiste en dotar de visibilidad el interior de esos espacios de sociabilidad: los cafés, los clubes, las ligas.

La producción de una discursividad que acompaña la transformación política en esos espacios se contextualiza a través de la intensidad política de la propia Guerra Fría colombiana. Jaramillo Restrepo trasladó un enfoque similar a Bogotá, aunque podría apuntarse que el ejercicio no es del todo equivalente y que la capital colombiana queda un poco más desdibujada en el libro con respecto al Medellín de los

años 50, que está muy bien reconstruido como microcosmos cultural y político.

Aquella sociabilidad cultural de Medellín, en los años 50, encaja muy bien con la recepción de un flanco del pensamiento europeo de la época de la posguerra, como lo fue el existencialismo francés. Es muy notable lo temprano que Zuleta entró en contacto con la revista **Les Temps Modernes**, las obras de Sartre y Camus y se familiarizó con las polémicas entre ambos. En un momento se menciona que ese contacto tiene que ver con el viaje de Zuleta al Festival de las Juventudes Comunistas que se celebró en Bucarest, Rumanía, en 1953, que era el tercero de aquellos festivales y que, a su regreso a Colombia, había constatado cómo el grupo de Sartre en París ya era un referente local.

La aproximación de Sartre y el grupo de **Les Temps Modernes** al Partido Comunista en los 50 fue evidente, pero a principios de los años 60, comienza producirse un distanciamiento, como efecto de la emergencia de la Nueva Izquierda. En este sentido, sería de mucho interés una investigación más detallada sobre la presencia de América Latina en aquellos festivales mundiales de la Juventud, entre los años 40 y 70. Recordemos que a las reuniones preparativas de ese festival, que tuvieron lugar en Bucarest en mayo de 1953, asistió Raúl Castro, junto con una delegación de la Juventud Socialista y el Partido Socialista Popular cubano, un poco antes de regresar a La Habana e incorporarse al grupo que asaltó al Cuartel Moncada. Las delegaciones latinoamericanas a esos festivales, en Berlín, Bucarest, Praga o Moscú, eran constantes y numerosas.

El aspecto de la historia de la cultura impresa está muy bien cubierto a través de periódicos, revistas y publicaciones. **Mito** era, por lo visto, una revista intelectual de gran capacidad de convocatoria, referencial en América Latina, que publicó a Jorge Luis Borges, a Gabriela Mistral, a Octavio Paz, a Carlos Fuentes y por supuesto a los propios escritores colombianos como Gabriel García Márquez o Álvaro Mutis. Vendría siendo como un equivalente co-

lombiano, en aquellos años, de grandes revistas latinoamericanas como **Ciclón** en La Habana o todavía **Sur** en Buenos Aires. Se tiene la impresión de que reproducía más o menos el circuito de colaboración de **La Cultura en México** u **Orígenes** en La Habana.

Sobre los debates teórico-prácticos y la historia del marxismo y las izquierdas latinoamericanas, se trata de un dueto o una dupla de colaboración intelectual, con antecedentes en la izquierda: Marx y Engels, por supuesto, pero también se podría pensar en Aricó y Portantiero, Adorno y Horkheimer o Deleuze y Guattari, como ese tipo de parejas de colaboradores en la teoría y en la práctica de las izquierdas. A través de Zuleta y Arrubla, el libro describe muy bien el tránsito de una recepción del humanismo existencialista francés, en los años 50, a una entrada en las diversas rutas de la Nueva Izquierda, o en los diversos referentes de lo que entendemos como el *corpus* teórico izquierdista de los años 60 y 70 en América Latina.

Se ve presente ahí a Louis Althusser, pero también un peso muy claro del psicoanálisis a través de la obra de Zuleta. Es decir, no sólo las lecturas típicas de Freud, en el período, digamos, existencialista, sino evidentemente de Lacan más adelante y por ahí asoma, también, la recepción del post estructuralismo francés y de lo que sería, ya finales de los años 60 y principios de los 70, el grupo *Tel Quel*.

En estudios sobre Europa, Estados Unidos y América Latina está muy bien reconstruido otro afluente de ese *corpus* teórico de la Nueva Izquierda, que es el del marxismo occidental en sus diversas ramificaciones. En efecto, en diversos países de la región, en los años 60 y 70, hubo una relectura de Rosa Luxemburgo, Karl Korsch, Gyorgy Lukács y, en algunos países más que en otros, comienza la recepción de Antonio Gramsci, aunque tal vez más claramente en los 70 y 80.

Queda la pregunta sobre qué tanto llegó a avanzar, porque no se ve claramente en el libro, la conexión de **Estrategia** y otros grupos de los años 60 y 70, para los que la recepción de la Escuela de Fráncfort sí



fue importante, como la cubana **Pensamiento Crítico**, por ejemplo. A fines de los años 60 y principios de los 70, se percibe un claro interés no sólo en Althusser y en el post estructuralismo francés, sino también en Marcuse, Adorno y Horkheimer. En **Pensamiento Crítico** también hubo un clarísimo interés en el grupo del marxismo social británico de la **New Left Review**, que se ve en el caso de **Estrategia**. El lector se queda con ganas de conocer un poco más sobre las razones de por qué está tan prioritariamente centrado en Francia, primero en el existencialismo y luego en el estructuralismo, el campo referencial de estos intelectuales colombianos.

El delineamiento de los perfiles biográficos y el trabajo prosopográfico, como decíamos, es de los aspectos más logrados del libro. Es una línea de investigación que esclarece muy bien las permanentes tensiones entre estos grupos intelectuales y las grandes organizaciones que hegemonizan el campo de la izquierda en los países latinoamericanos. Entre esas organizaciones estaría el Partido Comunista y resulta revelador que estos fueran intelectuales que vienen de afuera del Partido Comunista, de los movimientos estudiantiles y obreros de Medellín, pero que en algún momento se aproximan e, incluso, llegan a militar dentro del Partido Comunista, justo en el período de transición entre la muerte de Stalin, el 20 Congreso del PCUS y la invasión soviética a Hungría en 1956.

Cuando sobreviene el período del deshielo y, luego, el del “estancamiento soviético”, la Revolución Cubana está rebasando a muchos partidos comunistas latinoamericanos y, a la vez, alentando la creación de guerrillas marxistas. Para principios de los años 60, cuando se funda la revista **Estrategia**, esos intelectuales operan por fuera del Partido Comunista. En algún momento se menciona un breve paso por experimentos guerrilleros, como el de Sumapaz, y luego un abandono de la lucha armada, que parece muy notable. Es algo bastante singular, dentro del campo de las izquierdas intelectuales latinoamericanas de los años 60 y 70, es decir, un posicio-

namiento tan claro en contra de la guerrilla y contra un tipo de lucha armada.

Como intelectuales revolucionarios e, incluso, leninistas, no descartaban del todo una vía insurreccional o no desalentaron de plano la violencia política, pero sí rechazaban la forma insurreccional y la lucha armada. Se trata de una observación muy bien argumentada y aprovechada en el libro, que, tal vez, podría derivar en una nueva intervención más profunda sobre qué otros pares latinoamericanos tendrían estos intelectuales colombianos en su temprana crítica a la guerrilla y a la lucha armada. Se trataba, además, de una crítica muy bien sustentada a partir de la argumentación histórica que utilizaban, tomando en cuenta el peso que había tenido la violencia en Colombia, del Bogotazo de 1948 en adelante, lo cual desaconsejaba la vía insurreccional.

Dentro del gran debate teórico y político que acompaña a estos autores, se otorga mucha relevancia a la polémica o a la recepción tensa, difícil, de **Estudios sobre el subdesarrollo colombiano** de Mario Arrubla, un libro en la línea del dependantismo teórico de la izquierda, no tanto de la corriente cepalina, concebido a principios de los años 60. Es decir, un libro contemporáneo de los primeros de Fernando Henrique Cardoso, Pablo González Casanova o André Gunder Frank.

Como en otros pensadores de la Teoría de la Dependencia se recurre a una matriz estructuralista para pensar los dilemas de los modos de producción en América Latina. O se adoptaba una postura dualista, según la cual la economía latinoamericana era por un lado feudal y por el otro capitalista, en la línea de Ernesto Laclau. O se pensaba más en sintonía con Gunder Frank, en el sentido de que desde la colonización y la conquista, América Latina está inserta en una economía capitalista mundial y no tiene sentido ser tan quisquilloso con la distinción sobre el modo de producción.

En el caso de Arrubla, por lo que apunta Jaramillo Restrepo, habría un cuestionamiento del nacionalismo, desde la perspectiva estructuralista, que podría

resumirse en una frase lapidaria: “no existe una historia nacional”. Esto, a pesar de que estar utilizando la experiencia histórica de Colombia, en buena medida, para justificar sus posicionamientos y sus lecturas. Tanto en el libro de Arrubla como en la revista **Estrategia**, además de un cuestionamiento de la lucha armada o de los métodos insurreccionales, se llegó a plantear una crítica profunda a las ideologías nacionalistas. Una vez más, ese perfil tan peculiar podría dar a pie a una constatación más precisa de los acentos colombianos dentro de aquella brillante generación de la Teoría de la Dependencia y la Nueva Izquierda en la Guerra Fría latinoamericana.

Rafael Rojas
CEH/EL Colegio de México

*A propósito de Alexei Yurchak, **Todo era para siempre, hasta que dejó de existir. Cómo vivía, qué creaba, de qué se reía y con qué soñaba la última generación soviética**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2024, 432 pp.*

Largamente esperada, la traducción del libro Alexei Yurchak publicada este año por la editorial Siglo XXI bajo el título de **Todo era para siempre, hasta que dejó de existir** es digna de celebración. Si bien la edición original del libro en inglés tiene ya casi veinte años —con todo lo que eso puede implicar para recepciones y debates— la influencia de la obra de Yurchak continúa siendo bastante significativa y su publicación en castellano —dentro de la muy interesante colección “Pasados que insisten”— no sólo es un notable aporte para el desarrollo del campo de los estudios rusos dentro de estas latitudes sino, también, un insumo significativo para todos aquellos interesados en pensar la historia contemporánea.

A diferencia de lo que podría sugerir el título, el libro de Yurchak no intenta abordar las causas de la disolución de la Unión Soviética. En cambio, su interés se centra en explorar y explicar las condiciones que hicieron que ese repen-



tino colapso no se pudiera anticipar. Es por ello que el texto se concentra en un original abordaje de la cultura y la vida cotidiana de un período específico (1953-1989) y su generación, a través de un esquema metodológico donde la estructura y la agencia son mutuamente constitutivas. Para cumplir con este enorme objetivo, Yurchak recurre al aporte de diversas disciplinas —como la sociología, la historia, la semiología y la lingüística— y erige un corpus documental extremadamente variado y complejo, conformado por notas personales, memorias, entrevistas, chistes, músicas, entre muchos otros.

Dos elementos centrales ayudan a entender mejor al autor, la obra y su contexto. Por un lado, por una cuestión de origen y de edad —Yurchak nació en Leningrado en 1960, donde estudió física antes de emigrar hacia los Estados Unidos a fines de la década de 1980 para realizar su doctorado en Antropología Cultural— el autor es parte de esa “última generación soviética” que describe en su libro. A diferencia de generaciones anteriores, esa “última generación” —conformada por aquellos que nacieron entre las décadas de 1960 y 1970— no contó con un momento inaugural que la forjara y le diera un sentido, como sí había sucedido con la generación de sus bisabuelos, abuelos y padres, cuyas generaciones habían sido bautizadas, respectivamente, por eventos trascendentales como la Revolución y la guerra civil, la Segunda Guerra Mundial, y el XX Congreso y la desestalinización. La generación de Yurchak, por el contrario, careció de un episodio inicial y, por momentos, el libro parece construir un relato en el que se busca subsanar esa falencia.

Por otro lado, el texto de Yurchak parece recuperar una vieja tradición de la *intelligentsia* rusa: la escritura de una “memoria de los contemporáneos”. De acuerdo a Bárbara Walker, la cualidad que más distingue a ese tipo de escrito es que el autor busca realizar un auto-entendimiento no a través de la exploración de su yo —en la tradición romántica de J. J. Rousseau— sino, preferentemente, a partir de la descripción de su entorno social

y cultural.³ La dimensión interna del individuo sólo se entiende a partir del recurso a su contexto externo. Así, el libro de Yurchak —siendo él mismo un miembro de esa última generación soviética y de su *intelligentsia*— puede entenderse simultáneamente como un texto académico pero también una “memoria de los contemporáneos” que apunta a forjar una identidad postsoviética en su entorno intelectual, tanto ruso como extranjero.

Uno de los elementos claves para la construcción argumentativa es la presencia de lo que Yurchak llama como la “paradoja de Lefort”, es decir, el conflicto entre el ideal liberador del comunismo y la sumisión al partido para lograrlo. Sin embargo, más interesante resulta —vía Mijaíl Bajtín— la constatación de la existencia de un “discurso autoritativo” dentro la Unión Soviética. A diferencia de otros, ese discurso se caracterizó por su estatus autónomo respecto de otros discursos que, a su vez, debían referirse a él para existir. Luego de la muerte de Stalin —que se había desempeñado como una suerte de maestro comentador— el discurso social soviético comenzó a recostarse más en su costado performativo más que en el constativo, conclusión a la que el autor llega a través de John Austin. Así, la hipernormalización que resultó de ello supuso un creciente énfasis por reproducir las formas del discurso más que prestar atención a sus contenidos reales.

En función de ello, Yurchak observa que para la década de 1980 el discurso autoritativo del Partido se había convertido en algo normalizado y predecible. En principio, esto podía interpretarse como algo negativo y como la confirmación de la gris monotonía de la realidad soviética. Sin embargo, quienes participaban de la sucesión de actos y discursos ritualizados no estaban tan pendientes de la realidad oficial que los rodeaba. Al contrario, en esos espacios decían y hacían lo que se esperaba de ellos, porque eso luego les

habilitaba una dimensión performativa que les ayudaba a generar nuevos sentidos, normas y valores dentro de la vida cotidiana. Es decir, estaban suspendidos simultáneamente con un pie adentro y otro afuera de ese contexto determinado. Este fenómeno, que Yurchak llamó “vivir de una manera *vnye*”, generó nuevas temporalidades, relaciones sociales y sentidos que el Estado no pudo anticipar ni controlar. La coexistencia de varias influencias, modas, hábitos de consumo y gustos se volvieron parte de la vida cotidiana y desafiaron así las narrativas que pintaban a la sociedad soviética como gris, inmutable y uniforme, con lo que las interpretaciones sobre el significado del socialismo se volvieron entonces más alternativas y menos controlables.

Sin dudas, uno de los aportes que realiza Yurchak es una conceptualización de la Unión Soviética que se sale de lecturas dicotómicas. Para muchos de sus ciudadanos, los valores y las realidades de la vida socialista —como el sentido de igualdad, el altruismo, la amistad, la educación o el trabajo— fueron de una importancia vital, más allá de las falencias que podían consignarse en el sistema. Precisamente, Yurchak considera al socialismo tardío como un “sistema moral” altamente aceptado por sus ciudadanos y con alto vigor. En ese sentido, es interesante la utilización del concepto de *socialismo tardío* para describir al período analizado ya que ayuda a descartar las visiones dicotómicas de la Guerra Fría que lo abordaban como un enfrentamiento entre el “estancamiento brezhneviano” y el “aceleracionismo gorbachoviano”, o como una disputa entre una cultura “oficial” y otra “no oficial o disidente”.

Una de las pocas impugnaciones que podrían realizarse a tan vasta empresa como la que emprendió Yurchak es que su “última generación soviética” es exclusivamente urbana y está basada mayormente en testimonios de residentes de la ciudad de Leningrado, muchos de los cuales están a su vez tamizados por el barniz que otorga la perspectiva temporal y el fenómeno de la nostalgia comunista. Por otra parte, y tal vez aquí se note el condicionante disciplinar, la obra omite refe-

3 Barbara Walker, “On Reading Soviet Memories: A History of ‘Contemporaries’ Genre as an Institution of Russian Intelligentsia Culture from the 1790s to the 1970s”, en *The Russian Review*, n° 59 (3), 2000, pp. 327-352.

rencias a los contextos nacionales e internacionales dentro de los cuales se inserta el objeto de estudio lo cual deja de lado las posibles influencias que pudieron haber ejercido en él. Sin ir más lejos, la propia disolución de la Unión Soviética es impensable si no se tiene en cuenta la enorme tentación que supuso el afuera capitalista para la élite comunista. A pesar de ello, si bien el objetivo de Yurchak no es explicar las causas de ese final, sin dudas nos brinda una serie de elementos fundamentales para entender —lejos de estereotipos y reduccionismos— la deriva de una generación que tuvo la amarga tarea de sepultar al país heredado de sus padres y abuelos.

Martín Baña
UBA/UNSAM/CONICET

*A propósito de Sebastián Rivera Mir, **Ningún revolucionario es extranjero. Intercambios educativos y exilios latinoamericanos en el México Cardenista**, Toluca, El Colegio Mexiquense, 2023, 272 pp.*

Gran parte de nuestros intereses de investigación está cruzada por experiencias académicas. La búsqueda de nuevos programas de estudio, la postulación a becas o la publicación de artículos y libros son algunos de los elementos con los que convivimos a diario y que hemos terminado por normalizar a lo largo de nuestra trayectoria vital. **Ningún revolucionario es extranjero** toca esta fibra de la vida universitaria. A partir de un excelente trabajo de fuentes, el autor explica desde dónde parten las políticas públicas educativas de las cuales los investigadores hacemos uso y nos muestra el complejo proceso en el que se definen las dimensiones y características de una beca financiada por un país extranjero o una institución nacional. Este libro no sólo rastrea los intercambios educativos o identifica qué hicieron los exiliados latinoamericanos en el México cardenista, sino que se adentra en las entrañas del sistema burocrático mexicano para mostrar cómo las políticas educativas y académicas

comenzaron a formar parte elemental de una proyección internacional como zona de influencia continental con los demás países de Latinoamérica.

A partir de las investigaciones realizadas por Pablo Yankelevich, Alexandra Pita y Adriana Minor, entre otros autores, que iniciaron los estudios sobre las políticas internacionales enfocadas en exportar el modelo revolucionario mexicano a otros países latinoamericanos, Sebastián Rivera Mir centra su atención en la educación socialista llevada a cabo por Lázaro Cárdenas durante la década de 1930. Es en este proyecto transformador en el cual el autor destaca un nuevo eje de proyección internacional que, con todas las representaciones, mitificaciones y proyecciones políticas que significaron en Latinoamérica desde diversas perspectivas ideológicas, cumplían con la función de expandirse por la región. En palabras del autor: “la educación socialista que atraía a estos militantes correspondía más bien a una especie de pulsión, de espejismo mediático, de resultado de la propaganda en los medios de la izquierda” (p. 177). De ese modo, el trabajo se sostiene en dos aristas centrales respecto a la proyección de la imagen país de México. En primer lugar, “consolidar a México como un espacio central en la construcción de conocimiento” en el continente; y, en segundo lugar, “presentar las propuestas educativas como experiencias vanguardistas en pos de la construcción al socialismo” (p. 14).

Una de las principales características a tener en cuenta de este libro es su cariz metodológico de interpretar los procesos educativos como una forma de hacer política. Es ahí donde se utiliza como concepto operante “activismo académico”. Es decir, los docentes o estudiantes de intercambio “buscaban transformarse desde su espacio educativo en gestores de nuevas formas de comprender el conocimiento, cuestionando su contexto político” (p. 18). Con ello, se podría comprender el contexto en el que nacieron algunas teorías críticas de las humanidades y ciencias sociales como la opción decolonial, la teoría de la dependencia o la historia feminista.

Más que seguir la estructura de 8 capítulos presentada por Rivera Mir, se optará por rescatar tres propuestas analíticas que se observan de manera transversal a lo largo del texto y que podrían aportar una nueva lectura de este libro.

La primera propuesta sería comprender la academia en perspectiva transnacional o, como lo señala el autor, como una forma de “diplomacia cultural”. Para esto, el autor entrega una nueva agencia a la docencia, sobre la que observa los viajes de intercambio, la producción intelectual y las prácticas políticas de difusión ideológica como parte de una batería de opciones que se vinculan a una política de relaciones bilaterales y proyección de influencia internacional. El modelo del “nacionalismo posrevolucionario” debía entrar en un proceso a dos bandas. Mientras propiciaba el desarrollo local, debía dialogar con “la necesidad de insertar internacionalmente la producción de conocimiento” (p. 65). Parte de estas políticas de intercambio dejó distintas huellas en el continente. La creación de Institutos culturales binacionales (Instituto Chileno-Boliviano de 1937) o instituciones educativas nacionales (la Escuela Nacional de Enfermería en Colombia de 1937) nacieron gracias al prestigio de profesores extranjeros que entregaron su capital simbólico para consolidar una institución nueva.

Este tipo de análisis presenta otro desafío metodológico que el autor aborda con gran habilidad: combinar distintas escalas, materialidades y fuentes para comprender experiencias colectivas. En este libro, se pueden observar informes ministeriales, cartas formales e informales, peticiones de beca y memorias literarias, junto con prensa y revistas. Esto evidencia la conformación de un espacio mucho más complejo que el que se presentaría si el investigador sólo se centrara en la parte burocrática y legal de una beca. Además, complejiza la idea de la diplomacia cultural, mostrándola como un intercambio que nunca fue un proceso homogéneo. Incluso, si se observa desde una perspectiva Sur-Sur, se impusieron condiciones, influencias y conveniencias al momento de otorgar becas y llevar profesores. Al

señalar los casos de Bolivia y Chile, el autor demuestra una idea central: el sur no es homogéneo y no puede ser considerado en su totalidad como el “sur global”. A veces son espacios periféricos pero conectados, que tienen sus propias fortalezas, intereses y debilidades.

La segunda propuesta analítica de este trabajo es la conceptualización de “beca”. En una primera instancia, el libro analiza las características de quienes están encargados de hacer y pensar las reglas y protocolos de entrega de becas. Para ello, el autor analiza el caso de Moisés Sáenz, Embajador de México en Perú, quien esbozó los primeros lineamientos de este beneficio, los cuales no se alejan demasiado de cómo se comprenden hoy. Es decir, entregar estas oportunidades a trayectorias académicas e intelectuales reconocidas y retribuir al país con conferencias o publicaciones sobre México (p. 67). A su vez, la beca también se transformó en una herramienta sutil para mantener las relaciones internacionales. Por ejemplo, ante la dictadura de Somoza en Nicaragua, el gobierno mexicano mantuvo una relación expectante mediante el otorgamiento de becas. El objetivo fue mantener un canal de contacto con el país latinoamericano sin la necesidad de mostrarse a favor o en contra del gobierno autoritario, pero otorgando una ayuda educativa que no requería gran gasto del erario y no significaba mayor exposición pública.

La otra instancia era investigar sobre los solicitantes a becas, ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Qué querían estudiar? Todas estas preguntas Rivera Mir las responde y apunta a un nuevo foco de atención. ¿Qué representa México para estos becados? ¿Quiénes debían ser becados? Para esto habría de considerar dos elementos clave: las estrategias discursivas para convencer a quienes deciden y la capacidad del sujeto para presentar estas opciones desde la perspectiva más relevante. Lo más destacado es dar cuenta del espacio para negociar con el Estado y entablar un diálogo a través de canales burocráticos que reflejen la agencia desde abajo hacia arriba. Este proceso se observa en cartas que transmiten emo-

tividad, cercanía y confianza al solicitar una beca directamente al presidente, estableciendo un contacto directo con una alta autoridad, incluso si no se obtiene la beca.

Una última propuesta a considerar es la de los libros como herramienta de intercambio diplomático. Para el presidente Lázaro Cárdenas, quien comenzó su vida laboral en un taller tipográfico, los impresos eran un mecanismo central de difusión mediante el cual el Estado mexicano se proyectaba como un modelo en Latinoamérica. Por lo tanto, es evidente que parte de la diplomacia cultural incluye políticas que, incluso hoy, siguen vigentes. El autor destaca la organización y participación en ferias de libros para competir con España por el mercado de libros en español; la inclusión de escritores latinoamericanos en procesos políticos mexicanos, quienes posteriormente se convirtieron en propagandistas, como el caso reconocido de Gabriela Mistral; y la donación de libros, colecciones y bibliotecas a otros países.

A lo largo de sus páginas, este libro nos explica que una beca de intercambio académico no es un viaje de disfrute ni, mucho menos, sólo un proyecto individual, sino que se trata de un programa nacional que busca generar conocimiento útil con impacto en las políticas públicas. Ahora bien, ante esto habría que preguntarse de una manera más específica por qué la antropología y la educación son las disciplinas de mayor recepción en el intercambio académico ¿hay algún objetivo político del Estado detrás de esto? ¿Cuál es el papel de estas disciplinas por sobre otras en el plano de las relaciones internacionales? ¿Este tipo de profesionales son más maleables ante otros profesionales? Son algunas de las preguntas que se podrían destinar a nuevas investigaciones que sigan la línea sugerida por Sebastián Rivera Mir.

Esta obra se podría posicionar desde distintos ámbitos historiográficos. Entrega insumos centrales para quienes nos dedicamos a investigar los usos de los impresos, pero también la historia internacional, las redes intelectuales y,

por supuesto, la historia de la educación. **Ningún revolucionario es extranjero** es una invitación a renovar nuestros intereses historiográficos y a pensar desde nuestras experiencias académicas. Nos conduce a cuestionar cuál es nuestro papel como académicos e investigadores en plano local y continental, así como a proponer nuevos seminarios y cátedras que traten estos temas como parte de la historia política, cultural y social de Latinoamérica.

Sebastián Hernández Toledo
Universidad Finis Terrae

*A propósito de Marcelo Ridenti, **O segredo das senhoras americanas. Intelectuais, internacionalização e financiamento na Guerra Fria cultural**, San Pablo, UNESP, 2023, 407 pp.*

La investigación sobre la Guerra Fria cultural no cesa de ampliar sus fronteras, como lo advertimos en **O segredo das senhoras americanas. Intelectuais, internacionalização e financiamento na Guerra Fria cultural** (2022), libro del reconocido sociólogo e historiador brasileño Marcelo Ridenti (UNICAMP) que a partir de la incorporación de documentos complejiza y renueva la cuestión. La inserción brasileña en el proceso global de la Guerra Fria cultural contó con el *dossier* “La guerra fría cultural en Brasil”, que preparó la especialista Karina Jannello para el número 23 de **Políticas de la Memoria**, correspondiente a 2023. Allí se publicaron las investigaciones de Elizabeth Canceli, Joao Maia y Marcelo Ridenti. Por su parte, Vanni Pettinà compiló el año pasado un panorama bibliográfico bajo el título **La Guerra Fria latinoamericana y sus historiografías** y la edición de El Colegio de México. En él se incluyó un capítulo sobre el caso brasileño a cargo de Rafael Loris y Felipe Loureiro.

Este objeto historiográfico de la Guerra Fria cultural retorna actualmente como



problema político. Algo de esa “batalla por la conquista de las mentes humanas” desatada entre los Estados Unidos y la Unión Soviética en la segunda mitad del siglo XX, referida por Frances Stonor Saunders, se advierte en el vocabulario político de las nuevas derechas. Entre ellas, el bolsonarismo brasileño repone de modo caricaturesco el vocabulario de la Guerra Fría para dar su batalla cultural contra las izquierdas y particularmente para atacar el sistema educativo estatal brasileño.

En **O Fantasma da revolução brasileira** (UNESP, 2010) Ridenti había reconstruido el mapa de las izquierdas brasileñas en los años de *chumbo* y **Em busca do povo brasileiro: artistas da revolução, do CPC à era da TV** (UNESP, 2014) abordó las transformaciones de campo intelectual de su país hasta la transición democrática. Ahora en **O segredo das senhoras americanas** estudia en tres capítulos las asociaciones culturales insertas en el enfrentamiento global soviético estadounidense y propiciadoras de la circulación transnacional de las ideas y de los intelectuales, desde los escritores y artistas animadores de revistas culturales hasta los docentes y los estudiantes universitarios. La nueva investigación presenta la incidencia del enfrentamiento que requería la adhesión a instituciones como el Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC) y el Consejo Mundial por la Paz y allí muestra que esa adhesión no implicaba una subordinación completa a los intereses del bloque liderado por los Estados Unidos o por los del bloque soviético. Ni simple inocencia ni puro oportunismo, explica el autor. Se trató más bien de una compleja y tensa reciprocidad en la que las y los letrados brasileños procuraron desarrollar, con mayor o menor autonomía relativa, sus obras e investigaciones a partir de patrocinadores internacionales que controlaban voluminosos recursos materiales e importantes mecanismos de legitimación política y cultural.

En el primer capítulo Ridenti analiza el rol del escritor bahiano Jorge Amado en la internacionalización cultural comunista. Apoyado en sus amigos europeos Aragón y Sartre, Amado y su esposa Zelia Gattai promovieron una red internacional

integrada por letrados comunistas latinoamericanos exiliados en París, como el chileno Pablo Neruda y el cubano Nicolás Guillén. La mayoría de ellos se sumó al Consejo Mundial de la Paz, una asociación radicada en Wrocław (Polonia). En esos años Amado contaba con un reconocimiento propio en **Les Lettres Françaises** y **Europe**, prestigiosas revistas del comunismo francés que traducían y celebraban su obra que también fue traducida al ruso casi en su totalidad. Ello alentó la traducción a ese idioma de otro centenar de autores brasileños. Ridenti recupera el valor excepcional que el comunismo internacional otorgaba a la solidaridad entre letrados, científicos sociales y artistas, a su defensa de la paz mundial ante el peligro de la guerra atómica y a su incorporación en la lucha anticolonialista de los pueblos afroasiáticos. Y ellos fueron decisivos también en la apuesta estética y política de Diego Rivera y Frida Kahlo en esta red intelectual que asimismo los expuso a los dilemas impuestos por su vínculo con la disidencia trotskista en los años treinta, negada en los cincuenta. Dilemas comunes con numerosos surrealistas devenidos comunistas.

En un periodo en que se desarrollaban de modo creciente las industrias culturales, aun en los países subdesarrollados, Amado condensó el ideal cultural comunista y buscó “colocar el contenido en una forma simple y pura, pero próxima y accesible a las grandes masas, ávidas de cultura”. De este modo, la pasión por la forma pura quedaba en manos de los intelectuales y el didactismo operaba como herramienta para llegar a las masas mientras se dejaba el rol de vanguardia exclusivamente en manos del Partido. Los partidos comunistas organizaron un sólido sistema internacional de revistas, editoriales, congresos y premios (entre ellos el Stalin de la Paz) que atrajo y cohesionó a los intelectuales en torno a la valoración positiva de la Unión Soviética y del campo socialista —campo al que en 1949 se sumó China. Pero esa valoración positiva resultó minada por el contacto de los escritores latinoamericanos con sus pares perseguidos y censurados en los países socialistas, por la represión a escritores y traductores de Neruda, como el chino Emi Siao, y por la intervención soviética

en Hungría en 1956. Tres años después la Revolución cubana y luego la eclosión del “Tercer Mundo” renovaron la confianza en torno al comunismo. Ridenti señala esa confianza a partir de la revista cubana **Casa de las Américas**, y en la formación de un verdadero “*star system* alternativo” al de los Estados Unidos. Mediante estas iniciativas la herencia cultural comunista proyectó sus dilemas y rupturas también en Asia, África y América Latina hasta la caída del muro de Berlín en 1989. Por su parte, los textos autobiográficos del Jorge Amado ilustran las ambigüedades, dilemas y disputas al interior de las izquierdas y el tercermundismo brasileño. Un punto fuerte del capítulo es el contrapunto de esos textos con los Neruda así como los de Gattai y Kahlo.

El segundo capítulo es el más extenso del libro. A partir de numerosa documentación inédita Ridenti estudia los **Cadernos Brasileiros**, publicación periódica que funcionó como espacio de reunión y canal de expresión brasileño de la red internacional que inició en 1950 el CLC. Se detiene en la composición de su dirección y la trama de relaciones nacionales e internacionales que aseguraron el financiamiento y distribución de una revista que circuló financieramente a pérdida. Se incorpora así un análisis minucioso de uno de los ejes de la sólida red global de filiales y revistas del CLC, desde la francesa **Preuves** y la inglesa **Encounter** pasando por la latinoamericana **Cuadernos de la Libertad y la Cultura**, una red reconstruida también por Jannello. El repudio al modelo comunista soviético del CLC reunió a intelectuales conservadores y liberales como el escritor bahiano Afrânio Coutinho, a pedagogos católicos como Anísio Teixeira con socialistas, anarquistas y trotskistas, como el crítico cultural Mario Pedrosa. Discutiendo con la tesis que presentó en 1997 Kristine Vanden Berghé (1997) Ridenti concluye de su análisis que ese eje que fueron los **Cadernos Brasileiros** no se restringió a mero reflejo de las directrices anticomunistas del CLC.

Ridenti explica cómo, a pesar del escándalo que en 1967 significó para el CLC a nivel latinoamericano la noticia del financiamiento secreto otorgado por la CIA, esta novedad no obstaculizó en Brasil la

colaboración de intelectuales y artistas de izquierda con la revista (entre ellas Katia Valladares, quien trabajó como traductora en radio La Habana), que consideraban enrolada en la oposición moderada al régimen. Para Ridenti la apertura de la revista a la agenda modernizadora y al desarrollismo, la incorporación de artículos firmados por intelectuales de izquierda no comunista junto a las críticas a los militares en poder tenían a la base las expectativas políticas del equipo de **Cadernos Brasileiros** en una apertura relativamente democrática de la dictadura, expectativas que revelan los nexos de la revista con los vaivenes ideológicos de las clases medias altas ligadas al Estado brasileño, como afirmó Decio Saes (1984). Las relaciones de la revista con esas clases sociales y su “liberalismo autoritario” (Adalberto Cardoso, 2020) explicaría tanto los alineamientos políticos de la revista frente al gobierno como su cierre cuando se agotó el margen para aquellas expectativas.

El tercer capítulo ofrece el novedoso estudio de las “señoras” cuyo secreto da título al libro. Esposas de poderosos empresarios estadounidenses y brasileños, impulsaron bajo el impulso de la universitaria Mildred Sage a la American University Association (AUI), institución privada que entre 1962 y 1970 organizó una red promotora de intercambios estudiantiles entre Brasil y los Estados Unidos. Las mujeres mantuvieron estrechos vínculos con la embajada estadounidense, a cargo de Lincoln Gordon, con Henry Kissinger y con el Departamento de Estado. Sin embargo, el staff de la AUI también integró a intelectuales católicos como el mencionado Teixeira junto a liberales, desarrollistas e importantes marxistas como Paul Singer, Leónidas Xausa y Claudio Accurso. Estos últimos fueron expulsados en 1968 de la universidad por la dictadura militar. Ridenti muestra que, de modo similar a los **Cadernos Brasileiros**, la AUI buscaba atraer a los líderes estudiantiles más calificados sin excluir a los izquierdistas. El objetivo era doble: identificar a los potenciales integrantes de las elites brasileñas y competir con los viajes a La Habana y a los países socialistas organizados por los comunistas y otras tendencias de las izquierdas brasileñas.

El amplio poder de las mujeres puede medirse en moneda estadounidense: sólo los gastos de la delegación de 1965 insumieron 1.500.000 dólares (a valores de 2021). Apunta Ridenti que las delegaciones de la AUI fueron saludadas por las páginas del **Washington Post** y contaron en sus filas con simpatizantes del liberalismo estadounidense pero también con estudiantes que interpelaron a viva voz a Kennedy por el apoyo estadounidense a los militares brasileños. El libro ofrece fotografías para documentar esa interpelación así como la composición racial y de género de tres delegaciones sucesivas. Nuevamente, en este capítulo la autonomía relativa tanto de las inteligentes y sagaces mujeres como de los actores juveniles y los grupos intelectuales emerge en el estudio de las delegaciones que también incorporan a simpatizantes del movimiento negro afroamericano. El programa de la AUI terminó en 1970 cuando se descubrió que contaba con apoyo encubierto del acuerdo establecido entre el Ministerio de Educación y las actividades de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID). Acuerdo inadmisibles para el movimiento estudiantil y sus vanguardias izquierdistas. Vanguardias que ordenaban sus posicionamientos con la teoría de la dependencia, que se inscribieron en la Guerra Fría cultural y merecerían nuevos estudios en este marco analítico. Las becas y viajes pasaron a manos de la Fundación Ford, y un similar traspaso se registró en el CLC, luego de descubrirse sus nexos con la CIA.

El libro de Ridenti reconstruye las facetas de un proceso que abarca más de dos décadas, precisa y matiza las operaciones de los agentes en el campo intelectual brasileño insertándolos en una dinámica internacional que los enrolaba en los dos polos enfrentados en la escena mundial. El primer capítulo se torna sumamente relevante para los estudios de la Guerra Fría cultural porque permite comprender la red intelectual de los comunistas y sus compañeros de ruta. Esa red fue la enemiga de los **Cadernos Brasileiros**, analizados en el segundo capítulo, y de la AUI, sobre la que se concentra el tercero y último. Y

la potencia de aquel oponente tal vez merecería mayor entidad en el desarrollo de estos dos capítulos. Insistamos en que Ridenti renueva los estudios de historia intelectual de la Guerra Fría y la amplitud de intervenciones desde la cultura de izquierdas apoyado en una perspectiva material de los flujos de ideas e intelectuales. Su investigación muestra que un sólido registro de los archivos es capaz de iluminar una red, una revista y un agrupamiento cultural en su contexto y determinar una autonomía que no impedía audaces maniobras. Centrado en la internacionalización intelectual, esa investigación señala una sólida trama de la izquierda cultural y el peso del Estado brasileño ante las pulsiones de la cultura liberal y su vínculo con los Estados Unidos, en este caso operado por las “Señoras”.

Adrián Celentano
UNLP/CeDInCI-UNSAM

A propósito de Arturo Taracena Arriola, Yon Sosa. Historia del MR13 en Guatemala y México seguida de las memorias militares del comandante guerrillero, Mérida, El Colegio de México/Centro Peninsular de en Humanidades y Ciencias Sociales/UNAM, 2022, 837 pp.

En torno a la vida militante del subterfugio (y posteriormente comandante guerrillero) Marco Antonio Yon Sosa se entrecruzan los múltiples y divergentes senderos de la Guerra Fría latinoamericana que, de manera afortunada, logra entretener y narrar Arturo Taracena Arriola. A través de correspondencia, debates, contradicciones o incluso simple casualidad es posible seguir los pasos de J. Posadas, Adolfo Gilly, Fidel Castro, Manuel Piñero, Daniel Ortega, Luis Augusto Turcios Lima, Regis Debray, Eduardo Galeano, César Montes, Pablo Monsanto, Iris Yon o David Aguilar Mora. ¿Cómo este oficial de extracción popular y ascendencia china logró tal nivel de importancia dentro del álgido panorama de las izquierdas latinoamericanas de la década de 1960?

Taracena Arriola aborda esta tarea —la de ubicar a Yon Sosa dentro del maremágnum de la Nueva Izquierda en América Latina— a través de una juiciosa labor de archivo centrada en un rico acervo documental que incluye a las memorias del propio Yon Sosa (inéditas hasta esta publicación, que las incluye como anexos). Adicionalmente, el autor realiza una sistemática revisión de documentos de inteligencia de reciente desclasificación por parte de autoridades estadounidenses y mexicanas. Lo anterior es complementado por la propia experiencia personal del autor como testigo de primer orden del conflicto armado guatemalteco, lo cual permite un sin igual rastreo de los vasos comunicantes (político-militares, personales, intelectuales) de los actores del caso Yon Sosa. El resultado final es una obra de particular interés para investigadores interesados en la Guerra Fría global, la historia política de América Central y la memoria de las organizaciones insurgentes guatemaltecas.

La organización de la misma obedece a la siguiente lógica: en un primer aparte se aborda la historia del Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13) entre 1961 y 1973. En la segunda, se incluyen las memorias inéditas de Yon Sosa entre 1960 y 1967. Es de resaltar que el MR-13, organización pionera de las insurgencias guatemaltecas de la década del boom del foquismo, fue fundado por un grupo de oficiales rebeldes del ejército (con el abierto liderazgo del teniente Yon Sosa y el subteniente Turcios Lima) que intentaron un alzamiento militar en contra del gobierno del general Miguel Ydígoras Fuentes el 13 de noviembre de 1960. En este aparte de la obra se reconstruye la actividad político-militar de dicha organización, así como sus tensiones con el partido comunista local (el Partido Guatemalteco del Trabajo, PGT) en el seno del frente armado de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), así como con otras organizaciones de la izquierda armada local (como el Frente Guerrillero Edgar Ibarra o Los Bravos).

Dentro de este mismo apartado, es objeto de particular interés la aguda recons-

trucción de las relaciones del MR-13 con el Partido Obrero Revolucionario (trotskista) de México y varios dirigentes de la tendencia internacional de dicha organización (el posadismo). La estrechez de las relaciones entre el MR-13 y el POR(t) agudizaron las tensiones de los primeros con el resto de las organizaciones integrantes de las FAR, al tiempo que le equivalieron a los trecistas el rechazo de los principales dirigentes de la revolución cubana y de la Tricontinental, así como del trotskismo europeo (principalmente de la tendencia de Ernest Mandel y Livio Maitan, contradictoria del posadismo). Este proceso, coronado por la final expulsión de los militantes portistas del MR-13 en un polémico juicio popular realizado el 29 y 30 de abril de 1966, signó el aislamiento político y la crisis militar de Yon Sosa y su organización.

El punto de cierre de este aparte de la obra de Taracena Arriola lo constituye la crisis definitiva del Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre a partir del asesinato (en condiciones aún no esclarecidas) de Marco Antonio Yon Sosa en la zona limítrofe sur de México por parte de efectivos militares de dicho país en mayo de 1970. Coincide esta con el cierre de la primera fase de la guerra civil guatemalteca. La reconfiguración posterior del campo de la izquierda (armada y no armada) y el incremento de la actividad contrainsurgente, llevará a la final unificación rebelde en la URNG en 1982 en medio de un escalamiento superlativo de la letalidad del conflicto. La figura de Yon Sosa en todo este periodo ulterior resultará polémica y su propia memoria, disputada.

El segundo aparte de la investigación está centrado en la documentación inédita del propio Yon Sosa. Esta permite un recorrido por la propia vivencia del comandante guerrillero desde su alzamiento hasta la organización de las filas rebeldes, rastreándose elementos de su transición de oficial nacionalista a revolucionario radical cercano al posadismo y el maoísmo. Al tiempo, se asiste al día a día de la guerrilla, las dificultades de su sostenimiento logístico y político y a las tensiones del heterogéneo universo de la Nueva Izquierda guatemalteca. Adicio-

nalmente, en este aparte se transcriben los detallados partes militares de la comandancia trecista, que constituyen novedosa evidencia para necesaria reconstrucción histórica de la primera fase del conflicto guatemalteco.

En resumen, el trabajo de Taracena Arriola permite un abordaje novedoso a una de las personalidades más polémicas de la Guerra Fría latinoamericana. Su labor exhaustiva pone a disposición nuevos acervos para investigaciones de temáticas diversas como la economía política del conflicto, las dinámicas de la violencia política en Guatemala y México, la historia intelectual latinoamericana de la década de 1960, los mecanismos de difusión del posadismo y el maoísmo en la región, o las tensiones mismas de la Nueva Izquierda. Constituye, además, un valioso ejercicio de memoria en torno a la figura de Yon Sosa, habitualmente ubicada entre el olvido, la injuria o la devoción.

Camilo Ernesto Serrano Corredor